



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Dres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 24 de Julio de 1864.

NÚM. 35.

#### SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—Los ojos negros: Balada, por D. D. D. L.—Iglesia parroquial de Santo Tomás Apóstol, por D. V. Boix.—Los ensueños de Benito: Fidelidad conyugal, por D. Luis Fabra y Cervera.—A la muerte del malogrado jóven D. Antonio Navarro y Beltran, (elegia) por D. Félix Piscueta.—El ciego de los Valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuacion).

**Lámina.** Portada de la antigua iglesia parroquial de Santo Tomás de Valencia, derribada por su estado ruinoso, en el año 1864.

#### REVISTA DE LA SEMANA.

**L**a Providencia parece estrecharnos en un laberinto de sucesos, donde se cruzan y confunden mil caminos diversos, y cuyo hilo solo ella posee. Algunas cuestiones europeas parecían haber tomado un giro diferente del que hoy vemos siguen.

No parece sino que las eternas leyes de la moral y de la justicia quieran pasar desapercibidas ante los ojos de algunos hombres, como si faltando ellas pudiese ser gobernado el mundo.

La cuestion hispano-peruana es la que hoy preocupa con mas tenacidad los ánimos de muchos, y el fin que se presiente no es nada lisongero.

El partido exaltado de Lima quiere llevarlo

todo á sangre y fuego; si bien los gobiernos de Chile y Ecuador conservan una actitud pacífica.

El robo de la correspondencia que el general dirigia á nuestro gobierno ha venido á confirmar, una vez mas, el deseo que les anima de ver esgrimir nuestras armas contra los peruanos, ignorantes sin duda del valor y denuedo de nuestros bizarros soldados.

Los periódicos de Chile se ocupan detenidamente de esta cuestion, dando á la fábula todo el derecho que por ley le corresponde.

El bello sexo ha tomado la pluma despa- chándose á su gusto en las columnas del periódico *El Ferro-Carril*, que ve la luz pública en Santiago.

Hé aquí los versos, sobre los que ningun comentario hacemos, pues á fuer de galantes sentiríamos ofender la susceptibilidad de aquellas jóvenes.

La fe de mi corazon  
Que siempre he guardado sola,  
Hoy la daré en galardón  
Al que me ofrezca un girón  
De la bandera española.

Por fin, querida Asuncion,  
Tan resuelta estoy á todo,  
Que diera sin reflexion  
Mi mano y mi corazon  
Al que mate el primer godo.

Mas adelante concluye de este modo, llena de entusiasmo patriótico.

Yo ensalzaria el renombre  
De ese guerrero gentil,  
Y mi valor no te asombre,  
Pues hoy siento no ser hombre  
Para tomar un fusil.

Como se ve, se conoce que las labores domésticas están completamente descuidadas, cuando tanto amor bélico respiran los anteriores renglones.

El 31 del presente termina el armisticio que se firmó el 15 en el cuartel general del ejército austro-prusiano, y en este corto período tal vez quede completamente arreglada esta cuestion que tantas víctimas ha causado.

Los debates del Parlamento inglés han dado á los daneses la luz necesaria para que comprendan hasta dónde ha llegado su aislamiento en Europa.

Las noticias de Italia están lejos de ser satisfactorias para el Piamonte: la situacion financiera es deplorable y se empeora cada dia. Despues de haber vendido á Rostchild todos los caminos de hierro, el gobierno, que ya ha cobrado y gastado la mayor parte del dinero producido por dicha venta, no puede contar mas, y eso es un plazo bastante largo.

En la Habana la estacion era calurosa y producía el desarrollo de la fiebre en algunos puntos, ocasionando víctimas. De esta terrible enfermedad habia sucumbido el brigadier D. Rafael de Mendicuti y Sarga, comandante general que era de Matanzas, donde tenia grandes simpatías, y fue muy sentida su muerte.

La prensa habanera hace grandes elogios del asilo-taller que habia establecido en aquella capital la asociación de beneficencia domiciliaria, en cuyo asilo albergaban las mugeres pobres, vigiladas y cuidadas por las damas de la buena sociedad protectora de tan humanitario establecimiento.

Poco importantes son las noticias de París: la corte imperial se prepara á hacer á S. M. el Rey Francisco de Asis una recepcion espléndida.

El 16 tuvo lugar en la residencia imperial de Saint-Cloud, el primer consejo de ministros por la emperatriz Eugenia.

En nuestra Península las sistematicas oposiciones siguen apurando la copa de la em-



briagué política, habiendo absorbido hasta las heces que han dejado en sus cálices un sabor nada agradable.

Los comentarios que se han hecho sobre el último Consejo de ministros son innumerables, y todos ellos han venido al suelo al leve soplo de las verdaderas y omnímodas facultades de que hoy están revistos nuestros gobernantes, gracias á la confianza que inspiran á nuestra Soberana.

Tan solo dos provincias de las cuarenta y nueve que encierra nuestra España, han dado margen á que las restantes se ocupen de ellas en sentido nada halagüeño, y desgraciadamente la nuestra es una de las que han tenido ese triste privilegio.

Conocidos son del público los desagradables sucesos por que hemos atravesado durante la semana, y de sentir es que por unos cuantos mal intencionados rapazuelos se haya querido dar un carácter especial á nuestros sencillos habitantes.

Indudablemente ha existido ese deseo de crear un conflicto, si bien esta vez se ha sacudido en valde entre las paredes de su sepultura; pues al primer rumor la unánime voz de las personas sensatas la ha apagado, evitando desastrosos resultados.

La prensa madrileña, ha dado á luz de diferentes modos los sucesos de que hemos sido testigos, y las causas parciales de algunas de ellas en esta ciudad, han exagerado la importancia de la atmósfera en que se agitaban; sin duda el lente que poseían abultaba la tenuidad microscópica de los sucesos.

Hé aquí en prueba de nuestro aserto lo que le dicen al periódico *El Gobierno*:

«Lo ocurrido en Valencia no fue un simple movimiento popular que ataca las autoridades: fue mucho mas que esto. Los revoltosos querían incendiar el Mercado Nuevo, é incendiaron buena parte de él; y cuando acudió la compañía de bomberos á apagar el incendio, los rechazaron. Tengan VV. presente que el Mercado Nuevo está rodeado de tiendas muy importantes, y consideren si hubiera podido resultar una catástrofe, cuyos horrores no alcanza á describir la imaginación. Agreguen ustedes á esto, que los revoltosos reunieron, ó se unieron á ellos, multitud de muchachos que usaban cuerdas bastante largas: yo no puedo decir su intento; pero recuerdo que el año 43 vimos muchachos con cuerdas, y algunos infelices arrastrados por las calles de esta ciudad.»

Razon de mas nos asiste al leer estos renglones para comprender que hay quien sin reparar en trascendentales consecuencias lanza noticias como la que hemos copiado.

A pesar del vago rumor que circula respecto á no verificarse las corridas de toros, hoy nuestros lectores pueden tener noticia exacta de lo que ocurra.

Los bichos son de muchas libras segun la opinion de los inteligentes y darán indudablemente mas juego del que deseen los muchachos que forman la cuadrilla.

La concurrencia parece será numerosa atendida al gran pedido de localidades y si los officiosos propaladores de alarmantes noticias cesan en su enojosa tarea, no dudamos que la animación será grande, consiguiéndose renazca la confianza y el vivo y constante deseo de proporcionarse distracciones con que mitigar las tristes sinsabores que á cada paso nos rodean.

El teatro Principal abrirá sus puertas durante los dias de corrida, y el eminente actor Sr. García logrará con sus humorísticos papeles hacer las delicias de cuantos acudan á escucharle.

Dios quiera que el iris de paz comunique á los ánimos su poderoso influjo y cese la intranquilidad que ha reinado.

GERÓNIMO FLORES.

## LOS OJOS NEGROS.

### Balada.

¡Cuán hermosos, cuán deslumbradores, cuán brillantes adornais ese rostro encantador, donde verteis todo el fluido de los amores para enloquecer á los que os miran!

¡Cómo os velan esas negras y sedosas pestañas, de las miradas ardientes que solo ambicionan el adoraros con ciega idolatría!

¡Cómo derramais amores, cómo verteis esperanzas, cómo producís delirios!

Al desplegar el alba su manto purpurino de tibios resplandores, apareceis lánguidos y soñolientos, pero con una fuerza de vitalidad indescriptible.

Antes de que el sol brille fulgurante derramais los vivificantes rayos de vuestras pupilas sobre todos los encantos de la naturaleza, pálidos y envidiosos de la soberana magestad que ostentais y de la deslumbrante hermosura que os lleva en su semblante como las lámparas del día y de la noche.

Era la hora de los embelesos melancólicos: aquella en que el alma se empapa con el misterio de la naturaleza: cuando el sol desmayándose se despide de la tierra: cuando la brisa se levanta suave y aromada, con los suspiros y efluvios de las vírgenes tímidas y modestas de los valles: cuando se escuchalánguido el murmullo del arroyo, y se oye en la enramada el melancólico trinar del ruiseñor.

Quando el labrador se cobija bajo el techo de paja de su choza para descansar de las fatigas del día: cuando se escuchan monótonas las esquilas del ganado que se aproxima al redil. Cuando el triste llora, el criminal tiembla y el enamorado suspira.

En esa hora del crepúsculo lloraba mi corazón la orfandad de mis caras afecciones; gemía como la tórtola viuda; suspiraba como el habitante de las arboledas, y murmuraba en endechas mis dolores que las brisas llevaban á los jardines y los huertos donde se deslizara mi infancia.

¡Cuán infeliz, cuán desventurado me creía, sin tener donde depositar la inmensidad de mi cariño!

Desvanecido quedéme, y encantado en mi melancolía, viendo aumentarse paulatina y profusamente las sombras, cual velo de negra gasa flotando por el espacio.

Jadeante, cansado con los sufrimientos é impresiones de mi alma penetré en una régia morada.

Por un momento no me pude explicar lo que sentía. Despues traté de intentarlo, pero me fue imposible. Hoy tampoco sé lo que me sucediera, pero siento vivísimo su recuerdo, abrazándome, torturándome el alma.

Todo lo que ví, todo lo que sentí en aquella noche, es indescriptible, es inmenso.

El espacio era vago y trasparente, diáfano mas que el cristal; el ambiente saturado de perfumes embriagadores acariciaba los tallos y los pétalos de multitud de bellísimas flores que se ostentaban en el espacio, en medio de torrentes de luz. Suaves armonías dulces y sentidas, como quejas amantes y embelesadoras, brotaban de instrumentos desconocidos; y todos estos encantados misterios, todas estas emanaciones divinas, llegaban hasta mi alma todas en tropel para prensarla de dolores.

Sobre un búcaro de gredas perfumadas de la Arabia, se ostentaba como reina de aquel recinto una rosa, mas hermosa que las de Italia, mas aromada que las de los jardines de Hespero, mas esponjada que las de Alejandría, y mas pura y mas delicada que las de los valles de Sharons.

Su perfume llegó hasta mí trastornándome los sentidos y haciéndome sentir impresiones desconocidas.

Insensiblemente me aproximaba hácia ella atraído como la mariposa por los destellos de la luz.

Ya cerca fijéme con ansiedad, con avaricia, en sus celestiales encantos, y de repente quedé tan frío como la losa de un sepulcro.

Habia abierto sus ojos y fijádoslos en mí con toda la espresion de una ternura celestial.

Sus ojos negros, hermosísimos y brillantes como un manto de terciopelo, suaves como los de la paloma, angélicos como los de los querubes, magestuosos como los de Judit, sublimes y divinos como los de la matrona del Calvario.

Sus ojos negros, únicos y solos, que podrán desde hoy con su lumbre alimentar mi vida, mientras tanto consuman mi desgraciada existencia.

Desde aquel día traté de desvanecerme, de olvidarme de tamaño y tan inmensa impresión, y no puedo, no puedo conseguirlo.

Antes me consideraba desgraciado por no tener dónde depositar la inmensidad de mi cariño, y hoy me encuentro aun mas infeliz y sin ventura, que todos los mortales.

Sus ojos negros, sus ojos negros melancólicos y brillantes, son lo que ofusca mi vista, lo que trastorna mi espíritu, los que con sus miradas de cielo, embalsaman y torturan mi alma.

En todas partes los miro, despierto, soñando, delirante: los veo enamorados mecer su fluido sobre las flores y las arboledas, en los jardines y en los paseos. Magestuosos entre la brillantez y el lujo de los teatros, pero templados con la dulzura de las armonías sublimes, y seductores entre las lámparas de los salones y en medio de los torbellinos aéreos y encantados de las danzas.

Són una pesadilla eterna para mí; pero pesadilla que si me abandonara moriria.

Y con todo, mis padeceres, mis sufrimientos, mis angustias, aun no las ha podido adivinar, ni en mi semblante ni en mis miradas, ni el círculo azul que en mi pálido rostro demarcan el centro de mis pupilas.

Y gimo y sufro sin consuelo, sin esperanza casi, porque jamás les podré decir, todo lo que para mí valen, toda la felicidad que me proporcionarían, toda la beatitud, todo el bálsamo que prodigasen á mi existencia.

Infeliz y desgraciado me creía por no tener dónde depositar la inmensidad de mi cariño, y hoy se desgarrá mi corazón porque no puede contener los tesoros de mi ternura y de mis amores.

¡Cuán hermosos, cuán deslumbradores, cuán brillantes adornais ese rostro encantador, donde verteis todo el fluido de los amores, para enloquecer á los que os miran!

Recorro solitario los campos; cruzo los valles y los bosques; contemplo sin emociones las cascadas, las grutas, las colinas, los encantos mil de la espléndida naturaleza, y nada, nada de estos embelesos hacen palpar ni latir mi corazón.

Antes, cuando yo vivía, eran mi encanto; hoy, ni las brisas aromadas, ni las flores divinas, ni los suspiros de las aguas, hacen brotar á mis lábios la sonrisa, porque las fuentes del sentimiento del placer, están secas en mi corazón.

No tengo mas vida, ni mas sufrimientos, ni mas encantos, ni mas martirios, que abrazarme eternamente en la voluptuosa mirada de sus ojos negros....

Ella cantaba: su voz era la armonía de los embelesos, que llegaban hasta el corazón de todos los mortales, embriagándolos de ternura. Las aves suspendían su vuelo al escucharla, y modulaban y suavizaban sus trinos, queriendo semejar las dulcísimas notas que se escapaban de su garganta de ángel; y



hoy avara de su tesoro, no quiere hacer deramar las dulces lágrimas del sentimiento que tambien se escapan cristalinas de sus ojos.

Porque tal vez así languidecería; porque tal vez así, con el fuego devorador de sus lágrimas, marchitaría su brillantéz, y perdería su mas bello, principal y celestial encanto.

¡Sus ojos negros, sus ojos negros, que son la pesadilla de mi existencia, y el único sosten de mi vida!

No me resta otra cosa que morir; ¿para que quiero la vida si solo me sirve para mi inacabable martirio?

Ruedan las lágrimas de mis ojos surcando mis mejillas, como una lava de un volcan, agotando el manantial de mis sufrimientos; y mañana, tal vez hoy quedará del todo exhausto; y entonces solo podré derramar la negra sangre de que está hinchado mi corazón... Despues de esto el inmenso delirio... mas allá nada.

¡Luces del firmamento, lámparas de la noche, fuego sagrado que arde en la pira de la diosa de la hermosura, soles resplandecientes de amor, no me mireis porque agonizo de dolores; y moriré condenado como los réprobos, abrasadas mis entrañas por el mas delirante amor de los amores!

No me volvais á mirar nunca si no habeis de espresar en vuestras miradas la dulce consolacion de mi martirio....

Tal vez así, aunque sufra y acabe mi cuerpo, se pueda salvar mi alma.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

#### IGLESIA PARROQUIAL DE SANTO TOMÁS APÓSTOL.

Acaba de desaparecer en estos dias un antiguo monumento religioso, que si no era notable por su belleza arquitectónica, lo era al menos por la época que recordaba su origen. El tiempo lo habia herido; y abandonado por muchos años á servir para diferentes objetos, lo adquirió por fin la Sociedad titulada la Peninsular, para levantar en el área, que ocupaba, una porcion de casas de elegante construccion.

Al verificarse el derribo, la Comision Provincial de Monumentos históricos y artísticos, que debe al Excmo. Sr. D. Pascual Madoz, Director de la Peninsular, y á los Sres. Bañon, hermanos, sus representantes en esta capital la mas lisongera benevolencia, de acuerdo con la autoridad eclesiástica y la municipal, ha intervenido de continuo las operaciones de la demolicion, deseosa de salvar cualquier fragmento que, por su mérito artístico ó histórico debiera conservarse.

Abiertos primeramente los grandes vasos sepulcrales, situados en las capillas y el sólido y suntuoso panteon del centro de la nave, no se ha encontrado mas que grande cantidad de huesos, restos de ataúdes y de ropages, una cruz de azabache, una taza y que recordaba los antiguos lacrimatorios; pero sin poder determinarse un solo nombre en aquel hacinamiento de sepulturas. En el vaso mas inmediato al Presbiterio se encontró no obstante un ataúd que contenia algunos restos y una botella cerrada con tapon de cristal que contenia dentro un pergamino.

Llevada á la Universidad, y merced á la inteligencia del acreditado Profesor D. José Monserrat, se pudo leer el pergamino que no contenia otra cosa que el dia del fallecimiento de la persona, cuyos restos encerraba el ataúd, y que lo era el Excmo. Sr. D. Manuel Isidoro de Aguilera y Galarza, Marqués de Cerralbo y Almarza, grande de España, que falleció en 1802. Estos restos han sido decorosamente trasladados á un nicho del cementerio general juntamente con la botella.

Depositados en el campo santo los fragmentos de aquella generacion, que yacia bajo las bóvedas de Santo Tomás, se emprendió el derribo con la mayor actividad; sin que á pesar del peligro que ofrecia esta operacion hubiera que lamentar otra desgracia, que la del maestro de obras, Sr. Romero, que murió víctima del desplome de una parte de la cornisa.

A medida que se iban descubriendo los muros se encontraban las obras primitivas del templo; obras de estilo gótico, pero sin ornamentacion alguna, de manera que la obra antigua, que no por eso dejaba de ser bella, se habia quedado encerrada dentro de otros muros, haciendo en el siglo XVII desaparecer tambien con este motivo otra parte de las antiguas construcciones.

Lo único que se ha conservado, aunque de un modo muy deteriorado, es la portada de la calle de *Cabelleros*, vulgo de *Cabilleros*, cuya copia acompaña á este artículo, y que de la manera que ha sido posible se ha trasladado al Museo de esta Capital.

No puede determinarse la época fija en que se construyó la primitiva iglesia, y el en que se erigió en parroquia; pero en 1245, siete años despues de la Conquista, se halla firmado en un documento un Presbítero llamado Tomás, como Rector de esta iglesia. En 1294 fue erigida en Vicaría por Jaime Albalat, Sacristan de la Catedral, siendo Obispo D. Raimundo de Pont. Antes, y por los años 1269, se tienen noticias de la existencia de una iglesia con el título de Santo Tomás Apóstol; remontándose á los años anteriores 1393 la época en que se crearon los Rectores ó Curas en esta parroquia.

Entre sus beneficiados ilustres, cuyo catálogo no pertenece á nuestro objeto, se cuenta San Vicente Ferrer, que poseyó un beneficio del que Guillermo Talladell, Vicario perpetuo de esta iglesia, se llamaba patrono.

Tambien fundó un beneficio en esta iglesia un Pedro Desprats, séptimo cofrade de la cofradía de San Jaime, que murió el año 1290, y fué enterrado en un sepulcro que habia en la calle de las Avellanas, pegado al muro de la iglesia, y encima se colocó una lapidita muy curiosa, que tambien juntamente con el sepulcro se han trasladado al Museo. Respecto de los frescos de la bóveda de la Capilla Mayor se atribuyen á Vergara, y no sabemos cómo podrán salvarse.

Dentro de pocos meses los forasteros admirarán tal vez elegantes construcciones en este sitio histórico. Dejemos al menos este recuerdo á la posteridad.

V. BOIX.

#### LOS ENSUEÑOS DE BENITO.

(Conclusion.)

##### II.

##### Fidelidad conyugal.

A pesar de ser el hombre el sér mas perfecto de la creacion, faltábale un complemento para llegar á la cumbre de su grandeza y poderío.

Por lo cual el Señor Dios hizo caer en Adán un profundo sueño, y tomando una de sus costillas la trasformó en muger.

Al verla Adán exclamó: *Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne....*

Dios hizo germinar en el corazón de aquella la delicadeza del sentimiento, para templar la fuerza del alma y el vigor de la inteligencia del marido.

Desde entonces constituye la muger física y moralmente una parte integral de nuestro sér, y el hombre no es completo sino en la familia.

Por eso el matrimonio es uno de los grandes acontecimientos de la vida y el hombre al realizarlo pone en práctica uno de los sacramentos de la Iglesia.

Estas mismas ideas profesa Benito respecto al matrimonio en la region especulativa, si bien en la práctica, no deja de recordar alguna que otra de esas verdades vulgares, que por lo repetidas llegan á convertirse en corolarios de la ciencia social, y que le hacen mirar con cierto escrúpulo la realizacion de ese santo sacramento.

Benito juzga imposible el poder encontrar su media naranja: y no se atreve á introducir su mano en el saco que encierra noventa y nueve víboras y una sola anguila, por no exponerse á ser víctima de las mordeduras de aquellas, en vez de las caricias de esta.

Esto hace subir de punto su carácter atrabiliario y mohino, pues comprende que el hombre aislado es una planta exótica sin sávia que le dé vida.

Está convencidísimo de que el *ganarse la vida* es un trabajo impropio cuando no vá acompañado de esa fuerza impulsiva que se llama amor á la familia.

Y este convencimiento llega á convertirse en certeza, cuando contempla á Emilio y á Enriqueta, pareja envidiable, matrimonio privilegiado y para el cual el sistema planetario de la vida permanece estacionario, sin que haya sufrido su *luna de miel* ninguna clase de eclipse ni total, ni visible.

Sin embargo, un ojo mas esperto y avizor que el de Benito, descubre á través de aquel sinnúmero de caricias que Emilio y Enriqueta se prodigan en público y que parecen una consecuencia exacta de lo que sucede privadamente, un fondo algo dudoso, que nadie se atreve á definir aunque todos comprenden perfectamente, por no faltar á las formas y conveniencias sociales.

El amor de Emilio y Enriqueta traspasa los límites de lo real para llegar á la idealidad.

El único testigo perene de aquel eden encantado es una tal Rosa criada de la casa, jóven robusta y bella, y la única que podía inspirar algun recelo á Enriqueta. Pero el grado de simpatía que existe entre ama y criada, está determinado por la antipatía que media entre Emilio y Rosa: el cual no desperdicia la menor ocasion ni el mas ligero descuido para reprender en público á la pobre criada, que todo lo sufre resignadamente por el inmenso afecto que profesa á su señorita; y ésta no puede menos de recompensar con usura tan sublime abnegacion de parte de su sirvienta.

En cuanto á Emilio poco ó nada puede importarle que existan séres de su mismo sexo; pues confiado en el amor de su esposa, duerme tranquilo á pierna suelta sin otra pesadilla que la de reprender en público á cada momento á la pobre Rosa.

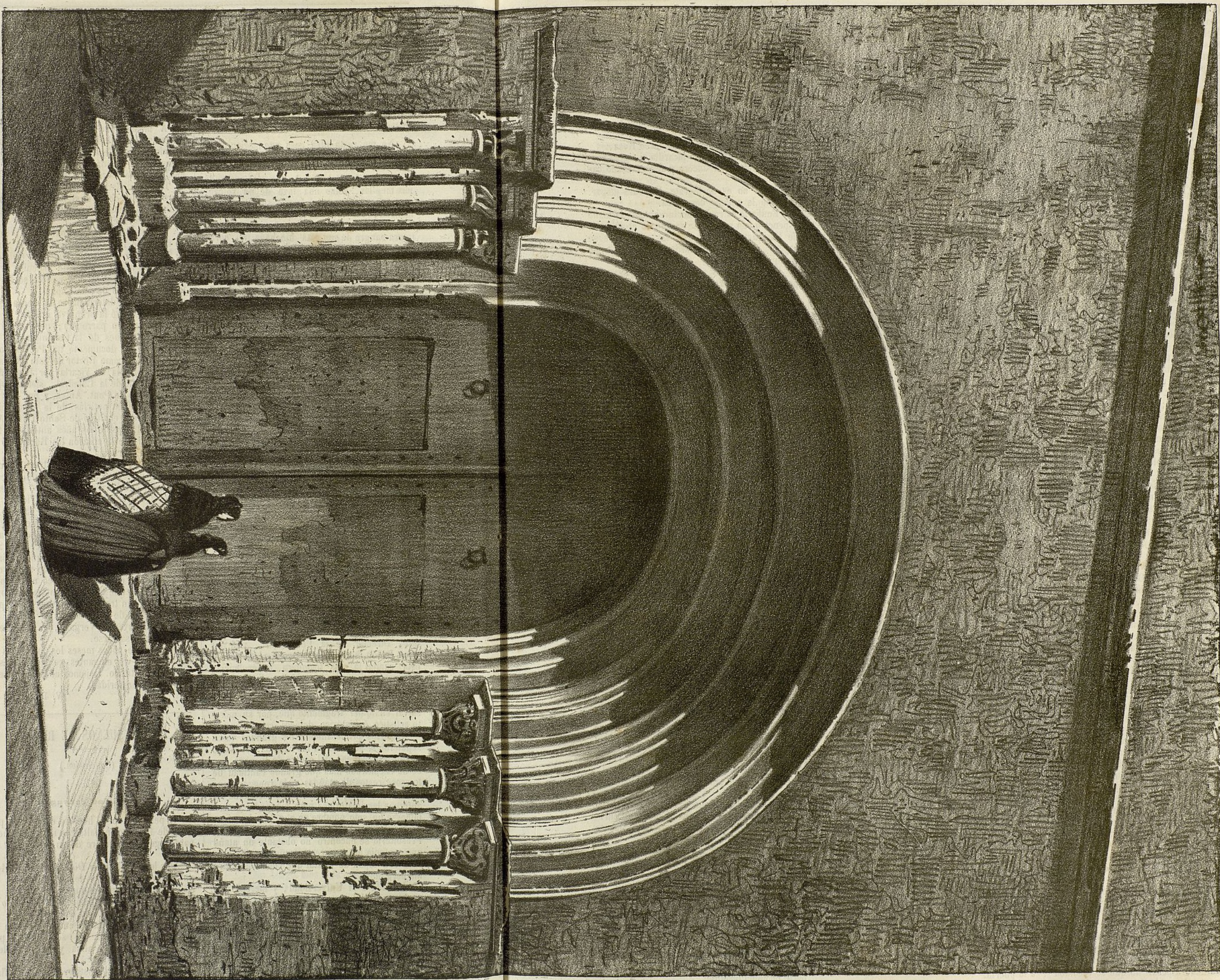
Y esa confianza que le inspira su muger, está cimentada sobre sólidas bases: pues un tal D. Fernando que entre otros varios visitaba la casa, y que tuvo la desvergüenza, segun ella dice, de dirigirla alguna galanteria, fue puesto al instante de patitas en la calle, habiéndole comunicado anticipadamente esta resolucio n á su esposo. Desde entonces el pobre D. Fernando es el blanco donde se dirigen todos los ataques de aquella casta esposa.

A Benito como es optimista en ciertas ocasiones, le seduce la paz y la armonía que existe en esta familia, aunque no deja de calificar de algo imprudente la conducta de Enriqueta respecto á la manera de obrar con D. Fernando, y tampoco deja de chocarle el que Emilio busque pretextos para reñir públicamente á Rosa, puesto que segun voces de los vecinos cuando Enriqueta se halla ausente y se encuentran solos amo y criada reina un silencio sepulcral en aquel templo de Himeneo.

Este es uno de los problemas que Benito



Portada de la antigua iglesia parroquial de Santo Tomás de Valencia, destruida por su estado ruinoso, en el año 1864.





no puede resolver, él que anda á caza de datos ciertos para poner en claro qué estado es el mejor si el del matrimonio ó el del celibato.

Pues si en cuanto al primero se le presentan como tipos especiales Emilio y Enriqueta, tampoco deja de tener su personificación el segundo en el D. Fernando citado.

Este es uno de esos solterones para los cuales el mundo no se estiende mas allá del perímetro de su cuerpo. Viste con lujo y elegancia y no hay broma, diversion ni francachela á la que D. Fernando no asista: y á pesar de todo ni tiene oficio ni beneficio, ni ninguna clase de bienes muebles ni inmuebles.

Benito, que no comprende que se pueda vivir sin trabajar, segun ley impuesta por Dios al primer hombre *«in sudore vultus tui vesceris pane»* se devana inútilmente los sesos por descifrar este enigma y espera que alguno de sus sueños privilegiados le ponga en claro la situación de las cosas.

No ha tenido que esperar mucho tiempo. Benito ha consultado á su oráculo y este le ha contestado categóricamente.

Esta mañana despues de algun tiempo que no nos veíamos he ido á visitarle y le he sorprendido en el momento en que le abandonaba la influencia benéfica del sueño.

—Buenos dias, Benito; ¿qué tal se ha pasado la noche?

—Perfectamente, me contestó con tono satisfecho; y pensaba haber ido á buscarte, pues tengo que referirte un caso bastante original.

—¿Has soñado por ventura? le repliqué.

—Lo has acertado; y por cierto que he resuelto el gran problema.

—¿A cual de ellos te refieres?

—Hombre, al que me ha preocupado tanto estos dias sobre qué estado es el mejor, si el del matrimonio ó el del celibato, para ponerlo yo en práctica.

—¿Y por cuál te decides?

—Por el segundo, me contestó resueltamente, si la suerte me es propicia como á D. Fernando.

No pude menos de soltar una carcajada y continué: buena se la deparó Enriqueta al despedirle de su casa.

—Precisamente en eso consiste su mayor ventura, me interrumpió Benito.

—¿Cómo! exclamé asombrado.

—No te hagas de nuevas, pues no se me escapa que has traslucido algo; pero yo te enteraré hasta de los mas mínimos detalles, si me prestas un momento de atencion.

—Con mucho gusto, pero advierte que vas á referirme un ensueño.

—Pero mis ensueños no dejan de tener algun fondo de realidad, pues soy una escepcion de esta regla: me contestó gravemente.

Benito sacó al instante su petaca, me dió un cigarro, encendió el otro y empezó de este modo su narracion.

«Al retirarme anoche de casa de Emilio y en el mismo instante en que cerraba la puerta de la calle, vi pasar por la acera de enfrente una especie de sombra, que como una exhalacion desapareció de mi vista internándose en uno de los callizos inmediatos. Un secreto impulso me arrastraba hácia aquel sér que se ocultaba entre las nocturnas sombras, y aunque no soy curioso, le seguí á larga distancia; pero pronto me convencí de la inutilidad de mis pesquisas, puesto que aquella figura avanzaba aceleradamente á medida que yo caminaba con mas rapidéz.

Desesperanzado de poder reconocerle, pues de aquel modo me era imposible darle alcance, crucé por una de las calles laterales con el objeto de salirle al encuentro: efectivamente, á los pocos pasos topé de manos á boca con el desconocido, y esperímenté un estremecimiento interior, pues aquella figura no me era completamente estraña, á pesar de que se recataba cuidadosamente el semblante con el embozo de su capa. Cediendo á mis presentimientos es-

clamé de repente: —¿D. Fernando? Aquel embozado que no era otro que el mismo á quien yo interrogaba, me contestó de una manera brusca —¿Qué ocurre?

—Nada, continué con el acento mas amable del mundo, le he reconocido á V. á pesar de la oscuridad, y no he querido que se me escapase sin darle las buenas noches.

—Pues ya estará V. satisfecho me interrumpió bastante contrariado, que V. las pase muy buenas: y caminando apresuradamente desapareció entre las sombras.

Yo me dirigí hácia mi casa sin dejar de reflexionar sobre aquel incidente casual de haber encontrado á D. Fernando justamente delante de la casa de Emilio, y no pude menos, siguiendo el hilo de mis reflexiones, de recordar que habia notado cierta inquietud en Enriqueta durante aquella velada, y que á consecuencia sin duda de su estado habia salido dos ó tres veces al balcon á respirar el aire libre.

Llegué por fin á mi morada, me desnudé al momento, y como me encontraba bastante fatigado, pronto vino el sueño á acariciarme dulcemente.

—De modo que lo que me has referido hasta aquí...?

—Ha sido la realidad, me contestó Benito: pero ahora vas á escuchar mi ensueño que no deja de tener sus puntos de contacto con lo que has oido.

Figúrate que me he encontrado sin saber cómo, en casa de Emilio y Enriqueta; aquel estaba ausente, y mientras Rosa la criada se hallaba en la cocina entregada á sus quehaceres, Enriqueta se entretenia en su gabinete orillando un pañuelo de batista. En esto un prolongado campanillazo sonó en la puerta de la habitacion y á poco apareció Rosa delante de su señorita con un papel en la mano.

—¿Quién es? la pregunta ésta.

—Un criado que me ha entregado este papel para la señorita, contestó Rosa alargando el que tenia entre las manos.

Cogióselo Enriqueta y al leerlo quedóse un tanto demudada, pero dominando su emocion se levantó inmediatamente y dirigiéndose á Rosa le dijo:

—Dile á ese hombre que espere y tú vuelve al momento.

La criada se fue en el acto á cumplir las órdenes de su señora, mientras que ésta se dirigia á una de las piezas inmediatas.

A poco rato volvió la fiel sirvienta; viéndose sola en el gabinete y distinguiendo sobre una mesa aquel enigmático papel que habia producido tan estraño efecto en su señora, no pudo menos de ceder á su instinto mugeril y cogiéndolo precipitadamente lo recorrió con avidéz. Decia así: *«La Elegancia. Taller de Sastrería. Cuenta de D. Fernando etc. Por un pantalon 140 rs. por un levita tanto, por un chaleco etc. Total 1400 rs.»*

—¡Jesus! exclamó Rosa asombrada, dejándolo de nuevo en su sitio.

En aquel instante entró Enriqueta, y entregándole una cantidad envuelta en un papel le dijo.

—Dale eso á ese hombre y que vea si está exacta la cuenta.

Rosa desapareció y Enriqueta se dejó caer en una butaca abismada al parecer en serias reflexiones. Lanzó un débil suspiro murmurando con angustiado acento.

—Este hombre acabará por arruinarme; sino fuera por el cariño que le profeso...

Y sin duda para desechar tales ideas sacó un precioso guardapelo y se puso á examinar atentamente un retrato.

Tan embebida se hallaba en la contemplacion de aquel objeto que ni siquiera se apercibió de que la campanilla sonaba suavemente á la puerta.

Pero Rosa que no tenia los motivos de su señorita la oyó clara y distintamente y corrió

á abrir al que tan dulcemente llamaba. Era Emilio, una sonrisa se dibujó en sus lábios al contemplar á Rosa y ésta le correspondió del mismo modo.

—¿Está la señorita? la preguntó Emilio.

—Sí, contestó Rosa, llevándose el índice á sus lábios.

—Pues toma estos pendientes que te regalo Rosita de mi alma, continuó Emilio, esto en compensacion de la reprimenda que te dirigí anoche delante de todos.

—Mil gracias, señorito, balbuceó Rosa.

—Esto irá en aumento picarilla si sigues correspondiendo á mi sincero y desinteresado cariño.

—Si V. no es un ingrato, V. podrá juzgar: contestó la amable doméstica.

Emilio la estrechó afectuosamente la mano y penetró con semblante sereno en el gabinete de Enriqueta. Al oír ésta las pisadas de su esposo escondió el guardapelo y le recibió tranquilamente.

Sentóse Emilio al lado de su esposa, y le preguntó con cierta amabilidad.

—¿Qué has hecho?

—Orillarte estos pañuelos, contestó aquella.

—Te lo agradezco infinito, pues esto me prueba que siempre me tienes presente.

—Creo que no hago mas que corresponderte le interrumpió Enriqueta. ¿Y tú donde has estado?

—Corriendo por esas calles de Dios; y con el calor que hace puedo asegurarte que me he fatigado.

—Ahora tomarás un refresco.

—No, para qué molestarte.

—Lo traerá Rosa, añadió Enriqueta haciendo sonar la campanilla.

En aquel momento se hallaba Rosa en su cuarto delante de un espejo, contemplando unos pendientes que colgaban de sus diminutas orejas y pensando en las envidias que suscitaría entre sus compañeras.

Al oír que la llamaban, hizo esfuerzos para desprenderse de aquel nuevo adorno, pero en vano: un segundo campanillazo acompañado de una voz femenil, la hizo apresurar la operacion; todo fué inútil: los pendientes parecian adheridos á la carne y ella por no dar que sospechar se decidió á desempeñar asimismo su cometido, presentándose en el aposento de sus amos.

En aquel instante Emilio se habia fijado en un papel que estaba sobre la mesa, y le decia á Enriqueta.

—¿Que es eso?

Enriqueta se levanto pálida, y al notar él aquella emocion continuó bruscamente:

—Pronto; ¿qué es eso?

—Nada balbuceó ella, ocultando el papel entre sus manos, un recibo de la asociacion de Beneficencia domiciliaria á que tengo la honra de pertenecer: y dirigiéndose á Rosa continuó, un refresco para el señorito.

Iba esta á cumplir tan absoluto mandato, cuando Enriqueta la detuvo de repente.

—Dime, ¿quién te ha regalado esos pendientes?

La pobre criada quedó aterrada y Emilio se puso á tararear una cancion favorita. Enriqueta les dirigió una mirada alternativamente y añadió.

Tienes sin duda buenos protectores, Rosa, y yo quiero conocerles al momento: ¿quién te ha hecho ese regalo?

La nube que oscurecia el semblante de Rosa, pareció disiparse y contestó con timidez:

—Es una limosna que he recibido de esa asociacion de beneficencia á que pertenece la señorita.

Enriqueta se mordió los lábios y quedó inmóvil, Emilio soltó una irónica carcajada, Rosa se fué á preparar el refresco y yo disparté en aquel instante.

—¿Y qué deduces de todo esto? le pregunté entonces á Benito.



Una cosa sumamente sencilla, me contestó: te he dicho repetidas veces que todo en sociedad es una pura farsa, y si esta se introduce en el seno de las familias, ignoro adonde iremos á parar.

—Pero Benito por un sueño, vas á juzgar así de las cosas.

—No empieces con reflexiones, comprendo que no estoy educado para alternar con esta sociedad. Yo llevo como suele decirse el corazón en la mano y á todos les juzgo por mí mismo; de ahí provienen el sinnúmero de inconveniencias que cometo á cada paso. Por eso fio únicamente en mis ensueños, pues solo ellos me sirven de escudo contra la hipocresía de mis semejantes.

—¿Y qué piensas hacer? le pregunté.

—No volver á visitar á Emilio y á Enriqueta, y desistir de contraer matrimonio: me contestó Benito.

—Pues harás muy mal, ya que les conoces segun tú dices á fondo, vive prevenido; y aprovechate de esos avisos que te proporcionan tus sueños para tratar á cada uno como se merece.

—Pero lo que es casarme..... vade retro añadió.

—Hombre, tal vez encuentres tu media naranja.

—Temo á las noventa y nueve víboras.

—Bien puede uno esponerse, le interrumpí, por si se logra tropezar con la anguila.

—En fin, lo pensaré, me contestó resueltamente, tal vez algun ensueño me anuncie si el saco que encierra á esos animales ha de ser para mí la panacea ó la caja de Pandora.

Y diciendo esto me acompañó hasta la puerta donde nos despedimos afectuosamente.

LUIS FABRA Y CAVERO.

Á LA MUERTE DEL MALOGRADO JOVEN

D. ANTONIO NAVARRO Y BELTRAN.

#### ELEGÍA.

Así, nubes, así: cubrid el cielo;  
Negro vapor oculte la luz pura  
Del sol resplandeciente, tras un velo  
Tendido del espacio en la llanura;  
Recorred la estension con rauda vuelo  
Desde el mar hasta el monte;  
Apagad el fulgor del claro día,  
Y en nieblas envolved el horizonte  
Densas, como las que hay en la alma mía.  
Que yo en la oscuridad, al misterioso  
Vago compás de cítara enlutada,  
Alzar podré mi canto quejumbroso  
Escondido como ave en la enramada.  
Nadie allí mis congojas  
Podrá leer en la abatida frente  
Ni en las pupilas por el llanto rojas;  
Nadie oirá mi voz, tan solo el viento  
Al arrastrar las desprendidas hojas,  
Mezclando sus silbidos al acento  
Del alma dolorida,  
Ir á llevar á la ignorada tumba  
Triste recuerdo de amistad perdida.  
¿Quién me dijera ¡oh Dios! allá en la aurora  
De la edad juvenil, cuando yo unido  
Por dulce afecto al que mi pecho llora,  
Cuando alegre en su oído  
De mi primera inspiración el fruto  
Hacia resonar, quién me dijera  
Que un día el alma rebosando luto,  
Tan solo me inspirara,  
Funeraria canción á su memoria,  
Y que en quejas estériles pagara  
Tributo á esa amistad que era mi gloria?  
¡Pobre Antonio! parece que mis ojos  
Le ven aun feliz y sonriente,  
Cuando la amarga hiel de los enojos  
No había marchitado su mirada  
Ni el puro albor de su serena frente.  
Parece que le miro, coronada  
La altiva sien de perfumadas flores,  
Con pié ligero recorrer la vida  
Vertiendo dichas y soñando amores.

Su mente rica de ilusión, en vano  
Veía alzarse como inmensa valla  
La árida sierra tras el verde llano;  
El corría, corría  
Por el de rosas alfombrado suelo,  
Creyendo que en su ardiente fantasía  
La fuerza y el valor encontraría  
Nuevo titán para escalar el cielo.  
¡Pobre Antonio! ¡qué amargo el desengaño  
A su espíritu fue! ¡Qué rudo el golpe!  
¡Qué triste el fin de su incurable daño!  
Perdió su faz la juvenil sonrisa;  
Perdió su brillo la mirada tierna  
De los azules ojos, retratando  
El vivo afán de la inquietud interna;  
Su camino siguió, mas vacilando;  
Fuente de sangre la entreabierto herida,  
En rastro inmenso enrojeció la tierra  
Donde puso su planta dolorida;  
Vencido al fin en la afanosa guerra  
Y vuelto en sombra apenas de sí mismo,  
Como el eco del fondo de un abismo,  
Los gemidos brotaron de su pecho  
Y el corazón de palpitir cansado,  
Rotas sus fibras, estalló deshecho.

Desde entonces la alegre primavera  
Tras el invierno frío  
Ha venido, regando la pradera  
Con nieves que el calor destrenzó en río;  
Desde entonces ya el ave viagera  
Ante mis ojos rápida ha pasado  
Dándome envidia su impaciente vuelo;

Ya el sol ha iluminado  
Con mas intensa luz el verde suelo;  
Ya á su fecunda llama  
Los árboles altivos han vestido  
Con anchas hojas la desnuda rama;

Ya la flor el tributo  
De su aroma á las brisas ha rendido  
Cubriendo casta su naciente fruto,  
Y cuando todo en torno ha revivido  
Solo mi corazón conserva el luto.

Eterno, indestructible  
Es el dolor cruel que en mí se anida;  
El hastío invencible  
Que iguala el alma á la materia inerte,  
Y que esculpe en la vida  
El sello prematuro de la muerte.  
No hay paz ya para mí que á los pesares  
De juventud inútil, malgastada  
En divertir el ocio con cantares,  
Hoy se aduna la imagen de un amigo  
Que dentro el corazón llevo encerrada,  
De este nuevo dolor mudo testigo.  
Hoy donde miro está; su sombra inquieta,  
Vaga en torno de mí, como vagaba  
La virgen de mis sueños de poeta  
Cuando inocente en vírgenes soñaba.

Oigo durante el día,  
Su dulcísima voz en el gemido  
Que al sufrimiento arranca la agonía  
Y que un triste deber lleva á mi oído  
Ansioso de escuchar otra armonía.  
Le contemplo en la noche,  
Al rayo de la luna amarillenta  
Que brilla como antorcha funeraria,  
Y que con rayo amortecido, argenta  
El mármol de su tumba solitaria.

Allí está; allí reposa,  
Como águila cansada, que afanosa  
Todo el espacio atravesó de un vuelo  
Y á quien la luz del sol quemó las alas,  
Y el huracán precipitó en el suelo.  
Allí desnudo de sus ricas galas  
El brillo de sus ojos apagado  
Y hechas cenizas las risueñas flores  
Con que el cielo le había coronado,  
El misterio fatal de sus amores  
Cuenta á las sombras del sepulcro helado.  
¿Pero á qué delirar? Allí es dichoso  
Como dichoso es el mortal que alcanza  
En el naufragio de la edad presente,  
Sobre el mástil nadar de la esperanza.

En vano el mar rugiente,  
Olas cubiertas de nevada espuma  
Hará pasar sobre su cuerpo yerto,  
Y en vano el aire poblará de bruma  
Para ocultarle el anhelado puerto.  
En vano todo; el que á ganar aspira  
De esa patria de luz y eterna calma  
Entre las nubes la verá, si mira  
Con ojos que la fe pone en el alma.  
Dichoso, muy dichoso el que abandona  
Para ceñirse la inmortal corona,  
Este mundo cruel, que el sufrimiento  
Ahoga del festín en la locura.

Y que encarna inconstante como el viento  
El bien y el mal sobre la tierra impura.  
Dichoso, hermano, tú; ¿de estéril llanto  
Cubro mis ojos cuando alzar debiera  
Lleno de dicha el inspirado canto?  
No; como brilla el sol en primavera  
Brille mi melancólica mirada,

Renazca mi sonrisa,  
Y el rumor de la alegre carcajada  
Con su perfume esparcirá la brisa.  
Envidia, no dolor por tu destino  
Sienta mi corazón, pues mientras triste,  
Languida de pesar la frente inclino;  
Mientras rudos los cierzos y aguileones  
Van tronchando una á una,  
Las del alma floridas ilusiones  
Que vida hallaron en mi pobre cuna;  
Mientras cruzo rendido  
De la playa del mundo las arenas,  
Y al agitado mar voy del olvido  
Con mi existencia á sumergir mis penas;  
Mientras padezco aun, tú venturoso,  
Del sayal de materia despojado,

Volaste presuroso  
Hacia esa vida que muriendo empieza,  
Y allí junto á los ángeles sentado  
De amor desfalleciendo, has reclinado  
En su seno de aromas, tu cabeza.

FELIX PIZCUETA.

## EL CIEGO DE LOS VALLES.

### NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Al ver aquel cuadro de amorosa y angelical ternura, creyó Roman que su pecho se ensanchaba, y que su corazón latía henchido de placer. Sintió haber dudado un instante de su esposa y estuvo tentado á salir de improviso para postrarse de hinojos ante ella y rendirla el mas sincero tributo de adoración.

Pero en aquel momento Celsa hizo señas á su criada para que se llevase á los niños, los cuales penetraron en la alcoba y se acostaron inmediatamente sobre un mismo lecho.

Cuando la criada salió de la alcoba, Celsa le indicó que podía retirarse.

Roman observaba con creciente avidez oculto detrás de las vidrieras todas las operaciones de su esposa.

Entretanto, ésta, que se juzgaba enteramente sola, se levantó al instante y cerrando todas las puertas, inclusa la del dormitorio de sus hijos, se dirigió á uno de los balcones que abrió de par en par, dejando ver la figura de un misterioso embozado que sin pronunciar una sola frase, penetró resueltamente dentro de la estancia.

La noche continuaba siendo horrible. Los truenos y los relámpagos se sucedían con espantosa frecuencia.

¿Qué hacía entretanto el infeliz Roman?

¡Oh! ¿necesario es decirlo? Roman, clavándose en el pecho las uñas de una de sus manos; acariciando con la otra el puñal desnudo y reluciente; con los ojos inyectados en sangre, con el cabello erizado acababa de reconocer en el recién venido á su funesto rival, á su antiguo compañero de la infancia, tan odiado ahora como antes sincero y tiernamente querido.

Santiago, pues no era otro, arrojó lejos de sí, sin desplegar sus labios, su capa que estaba empapada de agua y se sentó junto á la chimenea.

—Perdóname, le dijo Celsa con dulce y cariñoso acento. Temía que te vieran, y por eso te supliqué.....

—Sí, sí, ya estoy; respondió Santiago brutalmente. Temías que nos vieran juntos y me has tenido á la intemperie durante media hora.



—¿Tengo yo la culpa de que te ocultases en el balcon en vez de entrar por esa puerta?

Al decir esto señalaba Celsa las vidrieras detrás de las cuales estaba oculto Roman.

Santiago guardó silencio durante algunos segundos, al cabo de los cuales, exclamó fijando su vista en el rostro de la adúltera:

—Esto es demasiado; es demasiado, y creo que es preciso concluir de una vez. Siéntate y atiende á lo que voy á decirte.

La esposa de Roman tomó asiento con aire confuso y humilde.

—¿Te he ofendido en algo? se aventuró á preguntar tímidamente.

—Escucha, tornó á decir Santiago desentendiéndose de aquella pregunta: en el mismo momento de abandonar á Madrid con todas las riquezas que traes contigo, me has dado una cita rogándome que sin pérdida de un solo momento viniese á esta casa. He venido y me tienes junto á ti, como siempre que me has necesitado. Pero es fuerza convenir en una cosa....

—Habla, ordena.

—Que no quiero, que no puedo ser juguete de tus caprichos.

—¡Ingrato!

—¿Y por qué? ¿No me has ligado con tu amor á todas vuestras incomprensibles empresas? ¿No has llenado mi alma de remordimientos? Porque es necesario que lo sepas, los tengo y no puedo desecharlos. Yo fui herido en mi cuerpo por Roman y él lo ha sido por mí en el alma, en la honra. ¿Cuál de los dos ha sido mas delincuente? ¿Lo ha sido él ó lo he sido yo?

—Pero él te aborrece.

—Y yo á él le pago en la misma moneda; mas esto no rebaja un solo adarme de iniquidad en nuestro adúltero amor. Por otro lado, yo habia seducido á una jóven y me hubiera casado con ella....

—¡Oh! ¿por qué me hablas de eso?

—Pues, bien, no nos ocupemos mas de lo pasado y tratemos si gustas del porvenir. ¿Quieres decirme el objeto que te ha impulsado á darme esta cita?

—Roman cree que voy ahora camino de París....

—¿Y qué mas?

—Traigo conmigo un gran tesoro....

—¿Y bien?

—¿No comprendes lo que quiero decirte?

—¿Te atreverás á cruzar los mares conmigo?

—Sí.

—¿Estás decidida?

—Sí.

—Pero.... ¿y tus hijos?

—Vendrán con nosotros.

—¿Eso nunca, nunca!

—¡Santiago!

—Repito que nunca.

—¡Dios mío! ¿Ignoras lo que es el cariño de una madre?

—Todo delincuente merece una espioncion; esa será la tuya.

—¡Santiago!

—O ellos ó yo.

—¡Ni ellos ni tú, infames! exclamó Roman abriendo la puerta súbitamente de repente y apareciendo delante de los dos consternados amantes, como una sombra evocada por el conjuro de un mágico.

## XVI.

### El Dedo de Dios.

Estamos en la última escena del drama, escena que será breve, mas que no por eso dejará de ser el digno corolario de aquella série de errores y delitos.

Roman avanzaba con su puñal en la mano, lleno de frenética ira, brotando fuego de sus ojos y con la misma actitud de un tigre que está dispuesto á devorar á su presa.

Y mientras tanto la tempestad rugía des-

encadenada sobre el edificio cuyos cimientos retemblaban á cada trueno prolongado que se oía, y que era precedido por un volcan de viva lumbre que fúgámente inundaba los espacios y encendia la atmósfera.

Celsa dió un grito espantoso al ver á su marido y retrocediendo instintivamente se guareció en el dintel de la puerta de la alcoba en donde se hallaban sus hijos.

Al oír el grito de su madre, las dos inocentes criaturas despertaron despavoridas y arrodillándose sobre su lecho con las manos cruzadas, comenzaron á llorar amargamente.

Santiago por el contrario, permaneció impasible, sacó una pistola de su bolsillo y apuntó al pecho de Roman.

—Detente, le dijo, ó te abraso las entrañas.

Roman arrojó una estridente carcajada y avanzó levantando su acero.

Santiago disparó su arma y la bala pasó rozando el cuerpo del esposo de Celsa.

—¡Estoy vivo! ¡estoy vivo! exclamó éste con estúpida y salvaje alegría: estoy vivo y voy á lavar el borron que habeis echado sobre mi frente.

Entonces.... ¡Oh! entonces sobrevino el caos, la desolación, la mas espantosa de todas las catástrofes. Mientras Celsa trataba en vano de separarse de sus hijos que estaban abrazados á sus rodillas; mientras Roman hundía dos veces su agudo puñal en el corazon de Santiago que caía espirante sobre la alfombra, una columna de fuego que taladró los techos arrastrando en su caída grandes masas de escombros, hizo desaparecer á la vista de Roman toda la parte del edificio en donde Celsa se habia refugiado con sus hijos. Después de esto, las llamas y el humo comenzaron á invadir la estancia y nuevos hundimientos hacian estremecer el corazon de Roman, que sofocado, trémulo y deseando cobardemente prolongar su existencia, sentia temblar el pavimento debajo de sus piés y en vano procuraba buscar á tientas una salida cualquiera, un boquete por donde poder escaparse.

Y las llamas producian entre tanto ese sordo rumor que puede compararse con el bramido de las olas del mar; y grandes cascos continuaban desprendiéndose del techo; y entre el abrasante calor que le asfixiaba sentia llegar á veces hasta gruesas gotas de agua como si á la sazón estuviese en medio del campo.

¡Adios porvenir, adios juventud, adios vida! Entonces sí que podia decirlo con evidencia. Entonces sí que la muerte se acercaba sana y horrible.

De vez en cuando se pasaba la mano por la frente como para alejar de sí aquellas densas columnas de humo que le impedian buscar un punto de evasion.

Y le llegó un momento en que las llamas azotaban su rostro y calcutaron sus vestidos.

Entonces Roman cayó de rodillas y oró fervorosamente.

—¡Por aquí! por aquí, gritó al mismo tiempo una voz varonil que al parecer se acercaba rápidamente.

Y se oyó un ruido de una piqueta que taladraba alguna de las paredes inmediatas.

Roman sentia que sus vestidos comenzaban á arder. Un minuto mas y los que venian en su auxilio solo podian encontrar un cadáver.

Pero antes de ese minuto una mano forzada y enérgica le agarró de los cabellos y le arrastró y apoderándose luego de su cuerpo le levantó en alto; Roman sintió que le conducian lejos de allí y que un poco despues le depositaban en algun paraje seguro.

—Veamos, volvió á decir la misma voz que Roman creyó entonces conocer, y sintió que le sacaban del bolsillo la cartera que contenia letras de cambio por valor de algunos millones, que él habia sacado de Madrid.

La voz dijo por tercera y última vez:

—¡Padre mío! no ha sido solo tu pobre hijo quien ha procurado vengarte. Tambien el dedo de Dios ha contribuido visiblemente al castigo de este desventurado! Yo solo queria separarle por algunos años de la que fue para él piedra de escándalo y de perdicion y la justicia divina lo ha hecho así por toda una eternidad.

(Se concluirá.)



Dentro de breves dias se remitirá á su destino la magnífica escribanía que los escritores valencianos regalan á D. Antonio Garcia Gutierrez.

Este precioso obsequio, egecutado espresamente en París, reúne á la elegancia de su forma un trabajo delicado en los detalles y digno de la persona á quien te dirige.

En su parte inferior se ven hábilmente grabadas las siguientes inscripciones:

1864.

Al eminente autor dramático D. Antonio Garcia Gutierrez, los escritores valencianos.

El Rey Monge.—El Trovador.

Simon Bocanegra.—Venganza Catalana.

Esta escribanía se remitirá dentro de una preciosa caja de palo santo, construida para este objeto en el acreditado establecimiento del Sr. Albacár, estando incrustadas en uno de sus lados las iniciales del distinguido autor de Venganza Catalana.

Hé aquí los nombres de los escritores que han contribuido para este objeto.

La Redaccion del MUSEO LITERARIO.—Don Peregrin Garcia Cadena.—D. Gerónimo Flores.—D. Luis Fabra y Cervero.—D. Rafael Blasco.—D. Jacinto Labaila.—D. Pedro Manuel Yago.—D. Dámaso Delgado Lopez.—Don Alejandro Buchaca.—D. Cirilo Amorós.—Don Eduardo Atard.—D. Jaime Peiró y Dauder.—D. Carmelo Calvo.—D. José Aparici y Valparda.—D. Rafael Ferrer y Bigné.—D. Teodoro Llorente.—D. V. W. Querol.—D. Felisimo Llorente y Olivares.—D. Vicente Boix.—D. Pascual Perez.—D. Angelino Esteller.—D. Francisco Danvila.—D. Ramon Ferrer y Matutano.—D. Joaquin Serrano y Cañete.—D. Julio Saco de Arce.—D. Isidoro Morena de la Vall.—D. Cristóbal Pascual y Genís.—D. Joaquin Balader.—D. Miguel Vicente Almazan.—D. José María Bonilla.—D. Felix Pizcueta y Gallel.—D. Eduardo Perez Pujol.—D. Antonio Verdes Montenegro.—D. Fernando de Leon.—D. Vicente Ibañez.—D. José Zapater y Ugeda.—D. José Royo y Salvador.—D. Juan Reig y Garcia.—D. Jacinto Asenjo.—D. Francisco de Paula Gras.—D. Manuel Atard.—D. José Iranzo.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Ries, plaza de San Jorge, 3.